

Novena carta abierta al pueblo de Maranatha

Sobre nuestra identidad espiritual

En Madrid hubo desde el principio dos tradiciones carismáticas independientes. Una está representada por el grupo de Fuente Viva y otra por Maranatha. Ambos grupos siguen existiendo todavía y han sido como dos troncos de los que han brotado muchas ramas y frutos. Fuente Viva nació en Torrejón de Ardoz, en el año 1971-72, en la base americana que por aquel entonces existía allí. Como es lógico, la oración se hacía en inglés y estaba dirigida por un dominico norteamericano llamado Ramón Carter, al que ayudaban algunos otros dominicos de Alcobendas, capellanes de dicha base. Algunas veces hacían demostraciones de oración en el convento para los que quisieran asistir. Yo asistí una vez y no me interesó. Carter se fue pronto a su país para profundizar en el tema carismático y se hicieron cargo del grupo algunos seculares extranjeros que lo trasladaron a Madrid, sustituyendo el inglés por el español.

A este grupo le costó mucho entroncarse en la tradición espiritual española y más bien buscaba crecer en un carisma peculiar, al estilo del blues y de la tradición pentecostal negro-espiritual. Así lo encontré yo en enero del año 1977 cuando acudí a él por primera vez. En aquel tiempo inicial la mayoría de la gente asistíamos a más de un grupo. Su oración no me gustaba demasiado pero su exotismo me hizo perseverar durante un par de años. Posteriormente, en una época de seclerismo exagerado, los sacerdotes que asistíamos al grupo hubimos de abandonarlo. Yo me fui porque se me obligaba a decir en las homilias lo que discernían los dirigentes y porque no le permitían a la gente la dirección espiritual con un sacerdote. En realidad, el dirigente era uno solo y fagocitó al grupo como yo nunca he vuelto a ver en mi vida. El gran afán de la Fuente Viva del principio fue el brillo de los carismas, emular a las grandes concentraciones y sanaciones de América, si bien nunca pasó de una gris mediocridad. Sin embargo, algo debe de tener este grupo cuando aún existe y sigue aglutinando cada semana a unas sesenta o setenta personas. Pese a todo, aún hoy día se percibe que su acento es muy distinto del de Maranatha aunque nunca ha habido enfrentamiento entre ellos.

Fue en la primavera de 1973 cuando surgió Maranatha. Procede de una tradición diferente y nunca tuvo relaciones de proximidad con Fuente Viva, a no ser el hecho de

que algunos asistíamos a los dos grupos. Dos matrimonios madrileños¹ recibieron la efusión del Espíritu en Barcelona, de manos de la familia Caminero y, vueltos a Madrid, iniciaron el grupo, que pronto tomó un auge extraordinario. Este inicio fue tan autónomo que, entre sus miembros, siempre fue considerado como el verdadero comienzo de la Renovación en Madrid. Los que iniciaron Maranatha no tenían ni idea de que ya existía la Renovación en la capital de España.

A pesar de que los Caminero conocieron la Renovación en Colombia, sin embargo, el modelo de crecimiento al que aspiró Maranatha en sus siete primeros años no miraba hacia América sino a Europa. Las grandes comunidades carismáticas de Francia, entre las que destacaba la Comunidad Emmanuel de París, y la gran influencia del Cardenal Suenens junto con la familia real belga, atraían las miradas de todos. De ahí precisamente vino la primera escisión de Maranatha, hecha sin trauma aparente. Desde el número 25 de la calle Almagro en Madrid, casa solariega de la reina Fabiola, se impulsó un modelo de hacer alabanza que cuajó en un grupo de oración llamado Magnificat, con tendencia a ser comunidad, dirigido por gente salida de Maranatha. Llegó a ser grande y llamativo pero un espíritu de tristeza acabó con él, varios años después de iniciado. Estando un día en oración con ellos ese espíritu me invadió a mí también y no tuve más remedio que despedirme para siempre. Pese a ello el primer libro español sobre alabanza salió de dicho grupo y era muy bueno. Personalmente, quise y ayudé lo que pude a ese grupo-comunidad pero tengo que reconocer que no caí bien a casi ninguna de las personas que lo componían.

Como digo, el afán de Maranatha por ese tiempo miraba hacia Europa. En esos siete primeros años, Maranatha no tenía autoconciencia. Su identidad se diluía en la de la Renovación carismática. Se iban descubriendo y disfrutando con gozo los elementos comunes a toda la Renovación como, por ejemplo, los carismas, la alabanza, la experiencia interior, la sanación y, en definitiva, la novedad que todo ello comportaba. Éramos conscientes del cambio de vida que nos había reportado el bautismo en el Espíritu, como se decía por aquella época, y gozábamos de la sorpresa y del regalo de una comunión y de una comunidad impensables hasta entonces.

El paso de los años y la falta de identidad preludiaban crisis y auguraban una prueba, la cual llegó en la primavera de 1980. Fueron creciendo determinadas tensiones hasta llegar a enfrentamientos duros, si bien de pequeño calado. El conflicto no superó los niveles primarios porque Maranatha no tenía aún ni teología propia ni señas de identidad comunitaria. Vivía con mucha intensidad y alegría del impulso inicial, todavía muy poco formulado, de la Renovación. El problema quedó, por tanto, circunscrito a celos, envidias y desencuentros entre los dirigentes, sobre todo señoras, pero que hacían perder la paz a todo el pueblo, porque las descalificaciones, a veces, se daban en la propia oración de los miércoles. Las motivaciones, como digo, fueron de poco calado

¹ Son Pepe Pérez Torres - Angelita y Miguel - Fina de la Puerta, miembros del Movimiento familiar cristiano.

por lo que no hubo rupturas ni escisiones pero la inocencia inicial y el angelismo de los primeros cariños quedaron desmitificados. Nos dimos cuenta de que entre nosotros, pese a la nueva vida en el Espíritu, seguía habitando la pobreza y el pecado.

En unos papeles de aquel entonces tengo escrito lo siguiente: “Maranatha se está dejando engañar. Se olvida de que es un pueblo de misericordia y se centra de nuevo en el pecado”. El conflicto le había hecho daño. Al romperse la imagen idílica que tenía de sí misma cayó en el desánimo y en el cuestionamiento. El futuro comenzó a formar parte de la crisis. Los dirigentes o líderes, como se decía entonces, abdicaron de su autonomía y le entregaron el problema a la Coordinadora nacional para que buscara una solución. Estamos en 1980.

Yo llevaba cuatro años en Maranatha, grupo en el que conocí y di mis primeros pasos en Renovación. Hasta ese momento no me había significado en nada ni los que dirigían necesitaron de mí a no ser para algún servicio esporádico, ya que abundaban los sacerdotes y líderes fundadores. Nunca tuve ningún sentimiento de frustración por ello e incluso me parecía natural, ya que no fui de la primerísima generación, cosa que entonces era decisiva. Mi contribución a la Renovación se centró más con la Coordinadora, ofreciéndole desde 1977 el convento de Alcobendas, del que era Prior, para que se celebraran allí las Asambleas nacionales, como así se hizo nada menos que once veces.

Mi sorpresa llegó en la cuarta Asamblea nacional, la de 1980, celebrada en El Escorial del 27 al 29 de junio. Allí fui citado por los cinco coordinadores y me pidieron que aceptara dirigir el grupo de Maranatha con el título de pastor. Pedí explicaciones y se me contestó que debía ser dirigente único hasta que las cosas estuvieran más claras. Esta decisión significaba también que debía reunir a todos los servidores pidiéndoles que renunciaran a sus oficios y cargos. Intenté negarme porque lo que me proponían estaba fuera de todas mis expectativas, aunque asistía todos los miércoles a la oración de Maranatha. De hecho, yo estaba viviendo por aquellos días mi compromiso carismático mucho más en el grupo de la Rosa de Sarón del convento de Alcobendas que en Maranatha, entre otras razones por mis cargos en la comunidad. Sin embargo, no me pareció correcto negarme. Les di un sí tan tenue y desgano que ni siquiera lo anoté en mi diario donde consignaba hasta los más pequeños detalles. En todo caso les informé de que antes de finales de septiembre no podría comenzar a ejercer de pastor.

En efecto el miércoles 24 de septiembre, poco antes de la oración, reuní a todos los servidores, unas sesenta personas, y les anuncié que debían de renunciar a sus cargos. Sé que hubo resquemores y conatos de rebeldía pero no trascendió públicamente. La impresión que saqué no fue mala pese a que comprendía lo dura que tuvo que ser esta decisión para muchas personas, entre otras, las fundadoras y las de la

primera época. Maranatha solo llevaba funcionando siete años. Ese día dirigí la oración y Julio Figar llevó la enseñanza.

Cada grupo de la Renovación tiene su propio carisma y su propio carácter. Yo voy a hablar de lo que creo que es la vocación y el carisma de Maranatha. No hablo de la Renovación ni de otros grupos a no ser que lo cite expresamente. Quiero mantener de esa forma un lenguaje casero y que sea entendible por las personas que actualmente están y se sienten de Maranatha. En efecto, con el cambio pronto comenzó a notarse un nuevo estilo en el grupo. No se trató de arrumbar el pasado sino de profundizarlo. Todos estábamos muy orgullosos de lo que habíamos recibido hasta ahora, aunque fue inevitable una cierta evolución. Dos temas se importaron en Maranatha procedentes de la Rosa de Sarón: el de la gratuidad y el de la misericordia, ambos vividos a nivel de don. Uno y otro se los podemos adjudicar a la personalidad ungida y santa de un joven dominico llamado Julio Figar. Cuando la palabra gratuidad no existía en ninguna pastoral, Julio la hizo centro de su experiencia religiosa más profunda; cuando la misericordia estaba más que soslayada por la teología social vigente o por el más rancio y culpabilizante moralismo, Julio definió a la Renovación como un pueblo brotado de la misericordia del Señor, un pueblo pecador donde el pecado no es el centro sino la pura gratuidad misericordiosa. Nuestra salvación no consistirá primordialmente en liberarnos del pecado sino en la acogida de la misericordia. Somos un pueblo de misericordia donde la salvación ya realizada anula todo mérito y contenido salvífico propio. Ambas vivencias le fueron reveladas a este joven sacerdote, que las trasmitía con toda sencillez al grupo de la Rosa. Un accidente de carretera quebró su vida a los 27 años pero la siembra ya estaba hecha. Cuando el nuevo ambiente lo hizo propicio, Julio, y otros, hicieron resonar en Maranatha por primera vez la palabra gratuidad haciéndose también por primera vez el anuncio kerigmático de nuestra salvación gratuita en Cristo Jesús. De ahí brotó la consoladora definición de Maranatha como un pueblo de misericordia.

Fue en la Rosa de Sarón donde se inició con fuerza la predicación de la gratuidad. En 1980 ya era una predicación madura y actuaba como espada de doble filo. En Febrero de ese año Julio Figar dio un retiro a las chicas de tercero de BUP, de unos diecisiete años, del vecino colegio de la Asunción. Yo le acompañé. El rebote que cogieron muchas de las sesenta chicas fue tremendo. Decían a gritos: “Porque yo soy yo, ¿no? Yo tengo mi voluntad, tengo mis méritos”. “Hasta ahora hemos vivido, ¿no?, decía otra, y algo habremos hecho por nosotras mismas”. Fue maravilloso que entendieran que la gratuidad las desguazaba. De hecho, al poco tiempo había veinticinco en el grupo de oración. Una de ellas, la mejor testigo, forma parte actualmente del equipo de servidores de Maranatha².

² Lucía Rodríguez

Con esta gratuidad se pusieron las bases de la más auténtica vocación de Maranatha. Desde entonces este grupo ha sido conocido como el grupo de la gratuidad. Siempre me pregunté por qué el Señor quiso hacer esa trasfusión de sangre de un grupo a otro. La única respuesta que he encontrado es que Maranatha, por pura elección, iba a ser más universal y mejor portavoz hacia fuera del don de la gracia y gratuidad reveladas. Pienso que así ha sido y está siendo. Desde ese momento el crecimiento del grupo estaba perfectamente definido y no consistiría en otra cosa que en ir profundizando estas grandes experiencias. Evidentemente no todo el mundo lo entendió ni lo entiende así; no todo el mundo se ha percatado de esta evolución; no a todo el mundo se le ha revelado de la misma manera lo que es la gratuidad y la misericordia. Por esta razón pronto comenzó un largo desfile de separaciones que concluían, por lo general, en la fundación de nuevas comunidades. Sin embargo, ninguno de esos grupos, ni por número ni por influencia ni por contenidos, ha podido parangonarse, signo claro de que sobre Maranatha hay una especial providencia.

Julio no estaba solo. Años antes, habían entrado en Maranatha una serie de profesores dominicos de la facultad de Teología de Alcobendas³. Varios de ellos asistían asiduamente a la oración de los miércoles, si bien hasta entonces apenas habían tenido protagonismo. Con el cambio todo se reajustó. Es lógico pensar que si en un grupo sencillo de oración participan una serie de profesores y doctores en Teología, con estilo, corte e ideas similares, al final terminan, incluso sin querer, por imponer su visión y pensamiento. Para bien o para mal este hecho ha sido determinante en la evolución espiritual de Maranatha. La fuerza de este grupo de profesores aún antes del cambio en Maranatha era ya muy fuerte. De hecho organizó por su cuenta una semana para sacerdotes en Valladolid del lunes 7 de julio de 1980 al domingo 13, con asistencia de unos setenta⁴, y otra en el convento de Alcobendas del lunes 20 de abril de 1981 al domingo 26, al que asistieron ochenta y uno entre seminaristas y sacerdotes⁵.

Mirando mis apuntes de aquella época puedo constatar que este grupo de dominicos, junto a otros tres o cuatro jesuitas, fueron los encargados de hablar casi todos los miércoles en Maranatha. La predicación pasó a manos de otra generación distinta de la primera. Podemos llamarla segunda generación, que comprende a personas entradas en la Renovación a partir del tercer o cuarto año del comienzo⁶. La predicación

³ Además de Julio Figar y un servidor, ya mencionados, asistían también a Maranatha por aquel entonces los PP. Vicente Borragán, Eusebio Martínez y Juan Fernando Chamorro.

⁴ Predicaron los PP. Vicente Borragán, Juan Walls, Gerardo Comeau, Eusebio Martínez, el padre Pepe, Julio Figar y yo.

⁵ Predicaron los PP. Vicente Borragán, Eusebio Martínez, Marcos Ruiz, Julio Figar y yo.

⁶ Las charlas de los dos miércoles que siguieron al 24 de Septiembre las tuve yo. La del 15 de Octubre el P. Chamorro. El 22 el P. Eusebio y el 29 el P. Borragán sobre "Bienaventurados los pobres". La Misa del 5 de Noviembre fue presidida por el P. Ceferino Santos S.J. La charla del 12 por el P. Luis Tejerina S.J., la del 19 por el P. Chamorro, la del 26 por el P. Eusebio. Además de los mencionados, que se repetían

seglar era muy escasa por aquellos días, más frecuente en los seminarios, retiros y oraciones de sanación.

A finales de 1981 fuimos sometidos a una severa conmoción. El 28 de diciembre, día de los Inocentes, Julio Figar tuvo un accidente de coche que le llevó a la muerte pocos días después. Le enterramos el 3 de enero de 1982, con la sensación de haber tenido una pérdida irreparable de imposible sustitución. Para Dios, sin embargo, nada hay imposible. Siete días más tarde, el domingo 10, en que celebrábamos el Bautismo del Señor, fue llamado a la predicación, en lugar de Julio, el P. Pedro Reyero. Este sacerdote, también dominico, estaba viviendo desde hacía años una dura situación personal, que cambió radicalmente de signo con la poderosa efusión que recibió ese día en forma de bautismo. Quedó transformado en un hombre nuevo. Tenía 46 años. Su conversión fue tan gratuita, sorprendente y profunda que encajó plenamente en la nueva espiritualidad en la que nos movíamos. Cuando al cabo de un tiempo comenzamos a escuchar su testimonio nos dimos cuenta de que era un elegido para una gran misión. Después de unos primeros meses de rodaje en la Rosa de Sarón, ya que vivía en el convento de Alcobendas, fue introduciéndose paso a paso en Maranatha, siendo a lo largo de diecisiete años el gran predicador de la gratuidad.

Durante este primer año, Pedro se empapó en las cartas⁷ que, por aquel entonces, nos escribía una chica jovencísima, compañera de Lucía e hija del famoso retiro mencionado, asumiendo su lenguaje de pobreza y gratuidad como la mejor expresión de su propio caso. Desde ahí, como un nuevo Pablo, formuló su experiencia de conversión como un acto de pura gratuidad de Dios sin mérito previo de ninguna clase. La llegada de Pedro Reyero fue un signo claro de hacia dónde debía de caminar la espiritualidad de Maranatha.

Pedro añadió a Julio la experiencia de una pobreza personal de inconsciente y de pecado que él llamaba los infiernos del hombre. La gratuidad de Dios amando esta pobreza anatematiza la moral y el esfuerzo del hombre por salvarse a sí mismo y acercarse a Dios. Nos habla de que somos seres pobres, necesitados, llenos de miedos, heridas y debilidades a lo que contraponemos el fariseísmo, la apariencia, la fachada, todo lo que oculta nuestra debilidad, siendo así que Dios hace boda en nuestra pobreza y ha venido a visitarnos y salvarnos en ella. Es su experiencia más honda y sincera. Este mensaje, expresado de mil maneras, constituye el núcleo de su predicación y forma

continuamente, en todo el resto del año 80 y en el 81 solo predicaron el P. Enrique Goiburu, el P. Aristarco, el P. Javier Quintana S.J., el P. Emiliano Tardiff y Sor Purificación, Sor M^{re} Dolores Larrañaga, Sor Matilde Santos y Sor Pilar del Barrio.

⁷ La chica se llama Maite. Para consultar esas cartas se puede acceder a la web www.frayescoba.info, en Profetas de gratuidad.

parte esencial no solo de la identidad de Maranatha sino de la teología de la Renovación. Pedro comenzó pronto una gran cruzada de predicación. En la asamblea de 1984 tuvo dos de las tres charlas. La primera sobre la conversión y la segunda sobre la pobreza⁸.

Uno de los efectos inmediatos de una predicación masiva sobre la gratuidad es la creación de una comunidad de alabanza. El anuncio de la gratuidad de la salvación libera energías, suelta pesos, consueta hondamente y hace brotar la alegría por doquier. De ahí surge un pueblo que se siente salvado, que no da vueltas sobre su pecado, que se cree amado más allá de su debilidad, lo cual es expresado en las asambleas con una ruidosa y alegre alabanza. Maranatha ha destacado siempre por su alabanza contagiosa, por su talante y alegría interior, expresados en forma de confianza y de relaciones fraternalmente íntimas. Nunca hemos escuchado en este pueblo lamentación y pesar por el pecado sino gozo y gratitud por la salvación ya realizada, lo cual eleva la celebración religiosa a nivel de don.

En junio de 1983 apareció el primer libro del P. Vicente Borragán, que recogía en amplias páginas este sentir. Este libro, que habla de la alabanza, y otros del mismo autor que fueron apareciendo en años posteriores pusieron base bíblica a toda esta experiencia de gratuidad que se daba entre nosotros. El P. Borragán, especialista en Sagrada Escritura y dotado de un fuerte carisma de alabanza ha sido siempre el maestro y animador de la alabanza del grupo. Otro de los predicadores, el P. Eusebio Martínez, psicólogo, ha puesto base psicológica a este tipo de predicación. El P. Reyero, y yo mismo, ambos profesores en distintos centros de Historia de la Filosofía actual, hemos contribuido a entroncar la teología de la gratuidad en la realidad dialéctica y existencial, una realidad bien ajena a cualquier tipo de exotismo, alumbramiento o alucinación.

La vida interior en Maranatha pasó unos años sin sobresaltos especiales. Había elección de dirigentes todos los años. En las anotaciones que tengo veo que en el año 82 y 83 salimos casi los mismos⁹. En el año 1984 hubo mucha renovación y se hizo para dos años. El 3 de junio fue elegido un equipo casi nuevo del todo¹⁰, pero en línea de continuidad totalmente pacífica¹¹. El problema más grave con el que nos enfrentábamos

⁸ La segunda charla sobre la pobreza se conserva y se puede oír en www.frayescoba.info, en Profetas de gratuidad.

⁹ En 1982, el domingo 20 de Junio: Niceto, Pilar del Barrio, Lourdes Monedero, Reyes, Alejandro y Chus. En 1983, el 5 de Junio: Niceto, Alejandro, Pilar del Barrio, Lourdes Monedero, Reyes y Chus.

¹⁰ Salieron: Pedro Reyero, Reyes, Remedios Bois, Eduardo y M^a. Luisa y el sacerdote José Luis Moratalla

¹¹ En el año 1986: Pedro Reyero, Eduardo y M^a. Luisa, Reyes, José Luis Moratalla y Carmen Sevilla. En 1988: Luis Tejerina, José Luis, Mamen Sánchez, Marta Gil, Lourdes Monedero y Adolfo y Pilar. El 20 de Mayo de 1990: P. Pitillas, Jorge León, Rafael Sánchez, Lourdes Monedero, Pepa Viana y Marisol. Y el 30

era la sensación de ser un grupo sin carismas. Había desasosiego. Las noticias que nos venían del extranjero nos hablaban de estadios llenos, de sanaciones, de profecías y de una fuerza del Espíritu que no percibíamos aquí. A veces las críticas eran fuertes y hubo algún desgajo. El P. Ceferino Santos salió de Maranatha con la sana intención de fundar un grupo nuevo donde se promocionaran más los carismas. Dicho grupo se ubicó en los Carmelitas de Ayala y nunca pasó de ser una amable reunión de ancianitas, abandonadas pronto por el fundador, hasta que desaparecieron.

No ha sido fácil llevar adelante este contexto humilde basado en la pobreza de una predicación, sin signos llamativos, de un tema como la gratuidad, que para muchos era una simple abstracción vacía. No nos podíamos apoyar ni en las relaciones humanas, donde hay poca experiencia de gratuidad; al contrario, lo que sucede es que nos justificamos siempre delante de los demás de cualquier cosa que hacemos. Solo por gracia podemos vivir actitudes de gratuidad como el perdón, la compasión, la clemencia; solo por ella nos podemos abstener del juicio y la condena. Lo más difícil, sin embargo, es acoger la acción gratuita de Dios a nivel de don. Lo nuestro es rebajar nuestras relaciones con Dios al nivel de las virtudes y de lo que adquirimos por nuestro propio esfuerzo. Ofrecerle a Dios lo nuestro, lo que nos hemos labrado, nos parece lo más auténtico. No podemos superar el esquema del premio y del castigo. No somos capaces de concederle a Dios la benevolencia y la capacidad de amarnos gratuitamente, por su propia bondad, por un derroche de amor. Cuando no se vive a nivel de don uno no es capaz de imaginar que Dios te pueda regalar el amor y el cielo con la única exigencia de acogerlo. Los que no entienden de amor dicen que eso es libertinaje y gracia barata, y no cabe duda que para ellos así es.

El 1 de Noviembre de 1999 se firmó una declaración conjunta sobre este tema entre la Iglesia luterana y la católica. Yo, ese día, estaba dando un retiro en Münster, en el norte de Alemania. Cuando vi la noticia en la primera página de los periódicos mi recuerdo se fue a Pedro Reyero, que había muerto tres meses antes. ¡Lo que hubiera disfrutado leyéndolo! ¡La culminación de su vida! En Maranatha nunca se predicó otra cosa que lo que dice tal declaración. Tanto esfuerzo y sufrimiento para una cosa tan sencilla...

Aunque ahora ya ha perdido frescura y novedad porque las cosas ya se van asimilando, todavía nos suena a gratuidad limpia y pura las sencillas palabras que dilucidaban una cuestión debatida por siglos: *Solo por gracia mediante la fe en Cristo y su obra salvífica, y no por algún mérito nuestro, somos aceptados por Dios y recibimos el Espíritu que renueva nuestros corazones capacitándonos para las buenas obras y llamándonos a ellas.* Estas palabras oficiales dan el finiquito a la Contrarreforma y

de Mayo de 1992: Rafael Sánchez con 44 votos, P. Arias con 43, M^a. Jesús con 39, Margarita con 38, Pedro Reyero con 31, Irene con 31. Marisol y Sor Pura fueron las suplentes con 26 y 25 votos respectivamente.

elevan el catolicismo a otros niveles distintos de los que podemos alcanzar con nuestras propias obras.

Si la gratuidad tuvo problemas en Maranatha no fueron menores en el conjunto de la Renovación. La eterna discusión teológica que existe entre dominicos y jesuitas tiene mucho que ver con ello. La teología de base de cualquier dominico le hace propenso al tema de la gratuidad ya que defiende la acción previa de Dios tanto en lo físico como en lo espiritual. Nada se mueve si no es movido. En el orden causal el sujeto movido se coloca por definición en un segundo plano. Lo que tiene lo ha recibido, aunque ese mismo don le permita a él mover a otros. Este esquema corre el peligro de incitar a la pasividad y a la extroversión o gracia barata, ya que la recepción depende solo del corazón sencillo.

El jesuita tiene el mismo croquis de fondo porque si no, no sería cristiano, pero da más beligerancia al sujeto receptor. El recibir o no recibir depende mucho de nosotros, de nuestra preparación, de nuestro esfuerzo y mérito, de todas nuestras disposiciones. Su esquema es más humanista, calificativo propio del tiempo en que fueron fundados, porque da más capacidad de acción al sujeto humano. Sin embargo, su postura corre el peligro de que nuestras obras, preparación y méritos, suplanten a la acción soberana de Dios y caigamos en la religión de lo digno y lo serio, de obras y moral, cargándose la gratuidad y la espontaneidad, con lo que el humanismo termina por ser un terrible peso para el propio hombre. De ahí que hayamos sufrido una época muy humanista en la que el hombre ha tenido que buscar a solas y con graves esfuerzos su propia salvación. Estas dos posturas engendran dos tipos de comportamientos bien distintos. En el primero se confraterniza desde la pobreza y nos hace a todos iguales y necesitados, sintiendo y celebrando juntos la salvación como un don maravilloso. El segundo cultiva más las cautelas, la medida en los gestos y el peligro de perder la compostura. Se hace más culpable del propio pecado y necesita muchas penitencias para descargarse.

Estas dos corrientes están a la base de la evolución que ha seguido la Renovación en España. La Coordinadora nacional hasta el año 1990 estaba compuesta por jesuitas y dominicos y afines. Con ello ya se pueden vislumbrar los gérmenes de la futura división de la Renovación. Las dos tendencias marcaron años de tensiones que culminaron en octubre de 1987 cuando Pedro Reyero y yo fuimos expulsados de dicha Coordinadora¹². El momento fue durísimo porque éramos siete, entre los que había dos mujeres, que estaban a favor nuestro y nos incitaban a echarles nosotros a ellos. Obedecimos y nos dejamos expulsar para evitar una división irremediable en toda la Renovación.

¹² En ese momento la Coordinadora estaba compuesta por Ceferino Santos, Maximiliano Calvo, Pepe Pérez Torres, Pepita y M^a Ángeles, Pedro y yo.

Este destierro incluía la prohibición de predicar y de ocupar cargos. Lo cumplimos escrupulosamente incluso en Maranatha, nuestro grupo y, si alguna vez fallamos, fue porque la propia Coordinadora nos pedía que solventáramos determinados compromisos que ella tenía. No duró mucho este esperpento y ya en enero, el domingo día 25, la Nacional retiró esta orden y fuimos readmitidos. Ello fue debido a la presión que recibieron de las Regionales de casi toda España¹³. Sin embargo, hubo coletazos. Los de la Coordinadora regional de la zona centro, nada adictos a nuestras tesis, dimitieron en pleno, en desacuerdo con nuestra readmisión¹⁴. Todo el mundo, por supuesto, tiene derecho a disentir y a pensar de otra manera, pero las razones que dieron para dimitir fueron bastante peregrinas: “Diferimos sustancialmente de las directrices, predicación, escritos y actitudes de esos hermanos de la Nacional que en numerosos casos han sido motivo de escándalo en la Renovación”. Terminaban añadiendo: “Nuestra línea de acción es la radicalidad y el sometimiento”, la eterna canción de todos los que no aceptan la pobreza del pueblo, que es donde habita Jesucristo. Ninguno de ellos había gastado media hora de su vida en estudiar teología.

Hay una pregunta básica para discernir estos hechos. ¿Dónde está ahora esa gente? La mayoría fue desapareciendo poco a poco; está fuera de la Renovación y algunos muy fuera. Si es así, ¿qué espíritu les movía? Yo había sido nombrado por el obispo párroco de una gran parroquia. ¿Sabían más que el obispo? ¿A quién se oponían y qué perseguían? Para ser fieles a esta gracia hay que perseverar hasta el final, de lo contrario uno mismo prueba que no le guiaba el interés del Señor sino otros intereses. La gratuidad es un don y el predicarla y vivirla otro don. La propiedad del don le pertenece a Jesucristo porque nadie llega a él por sus propias fuerzas. Entonces ¿qué perseguimos cuando se obra así? Perseguir el don es una cosa muy seria y, lo sepa uno o no lo sepa, sea consciente o no lo sea, suele traer consecuencias graves. No todos estaban en contra de nosotros. El 28 de enero vino el P. Chalo a compartir conmigo y me animó a que siguiera predicando firmemente la gratuidad “porque si no, nos haremos un grupo de “sacramentales” y perseguidores del demonio”.

Algún lector descuidado tal vez piense que me estoy defendiendo y lo mismo a Pedro, que era amigo. Con haberlo dejado todo se hubiera acabado el problema. No se trata de nosotros. Todas las incomprensiones no nos rebajaron ni un gramo la autoestima. Hay una misión por medio, hay una gracia y un encargo. Como dice Pablo: *¡Ay de mí si no lo hiciera!* Lo que sí nos ha quedado claro es que la gratuidad es muy difícil de asumir y de vivir. Predicarla es casi una misión imposible. Pero sin ella, ¿qué

¹³ El motivo y la acusación partía de tres cartas, que yo nunca vi ni supe quién las escribió, en que se nos señalaba a Pedro y a mí como borrachos, mujeriegos y protestantes.

¹⁴ La regional en ese momento estaba compuesta por Manuel Cerrato, Carmen Gito, Pepe Arévalo y Lola Tomillo. Pedro Reyero ni siquiera los conocía. Un mes más tarde, el 13 de marzo, hubo elección presidida por la Nacional y fueron elegidos los siguientes: P. Borragán, Carlos Bordallo, Matilde Santos, Dionisio, Jesús Llorente, Carmen Rubio y José Antonio Sánchez.

hubiera significado la predicación de Pablo? ¿Qué aportaría de nuevo la Renovación carismática sin ella?

Pese a todo, mi cargo de párroco me sirvió de excusa para no presentarme a la reelección en la Coordinadora nacional. Ya llevaba ocho años. Pedro resistió un par de años más. Lo dejamos porque no queríamos ser causa de nuevos conflictos. Por desgracia también había salido poco antes de la Coordinadora Manuel Casanova, un jesuita equilibrado y de gran peso. Con el cambio, la Renovación pronto se embarcó en nuevas y extrañas singladuras. Comenzamos a ver que en las Asambleas nacionales se le arrebatava la alabanza al pueblo en beneficio de coros y conjuntos bien entrenados; se eliminaron los seminarios, los ratos de compartir y casi los testimonios, muriéndose la espontaneidad porque todo estaba dirigido; por otra parte apareció el incienso, el rito, el estereotipo, las programaciones, el espectáculo. Mucha gente comenzó a sentirse a disgusto. Para mí lo más importante era la teología. Se estaba imponiendo una Renovación de puras formas, consumista, sin profundidad; no tenían teología ni les importaba. Palabras como carisma, anuncio, predicación, alabanza, se seguían pronunciado pero su contenido, devaluado, era muy distinto. Cuando en una comunidad se pierde el contenido y la experiencia real, surge la necesidad jurídica, la autoridad fuerte y la obediencia exigida. El Espíritu y el carisma son suplantados por la ley.

Fueron pasando los años. Maranatha siguió siempre fiel a sí misma. En la Asamblea nacional de 1999 Vicente Borragán, en medio de un ambiente hostil de parte de los dirigentes, tuvo una valiente y magnífica charla reivindicando la libertad y la gratuidad. A muchos nos dio alegría este clamor en el desierto. Pocas semanas más tarde murió de repente Pedro Reyero. El Señor le preservó de la ira inminente a la que íbamos a ser sometidos. En efecto, poco tiempo después comenzamos a oír los primeros rumores acerca de unos estatutos que se querían imponer a la Renovación a la vez que se transformaba en asociación. Esta jerga jamás se había oído entre nosotros. Precisamente nuestra entrada en la Renovación significó una gozosa liberación de trabas, normas y culpabilidades. Ahora nos las querían colar de nuevo. Para más inri el modelo era importado, venía de Italia, de un tal Salvatore Martínez que dirigía allí una poderosa asociación carismática estatutaria. Al susodicho Martínez comenzamos a verlo con sospechosa frecuencia, en asambleas y retiros. Estos estatutos venían con una etiqueta adosada al torso en la que se afirmaba que los habían pedido el Papa y los obispos. ¿Cómo era posible esto si la Santa Sede ya había aprobado los estatutos del ICCRS (*Internacional Catholic Charismatic Renewal Services*) nuestra representación ante el Vaticano a nivel mundial?

Pero el tema se precipitó como un nublado vespertino. El 12 de junio de 2002 fuimos convocados en Maranatha por M^a Jesús Casares y el equipo de discernimiento a una reunión de núcleo –varias decenas de personas- para hablar sobre la conveniencia de tener unos estatutos y hacernos asociación jurídica tal como quería la Coordinadora nacional. M^a Jesús, primero en discernimiento y después como coordinadora llevó el peso de una serie de encuentros cada vez más encontrados con los dirigentes nacionales.

Mis apuntes dicen con respecto a la reunión que el pueblo entero de Maranatha fue una voz y un clamor unánime en contra de tal pretensión estatutaria. Como consecuencia de esto, Maranatha, que ya lo estaba, entró en mayor marginación a niveles oficiales.

El 28 de noviembre del mismo año, las coordinadoras regionales reciben órdenes de que no me llamen a predicar porque mi doctrina no es segura. Quedo vetado *de iure* aunque *de facto* ya lo estaba en casi toda España. Sentí claro en mi interior que a Jesucristo no se le predica impunemente, por lo que no pueden faltar incomprendiones y persecuciones. El 24 de junio de 2003 tuvimos reunión definitiva en Maranatha en la que se acordó no aceptar los estatutos y la asociación, con documento firmado por cada uno de los asistentes. Dos días después, una comisión de la Nacional me invita a comer para charlar conmigo. En esa comida tomé la iniciativa y les dije con autoridad: “Quiero que la Coordinadora nacional en pleno me escuche y pida perdón, a mí y a Pedro Reyero –muerto cuatro años antes- y a nuestra predicación marginada y despreciada. No se pueden hacer unos estatutos desde la irreconciliación. Son falsos. No es el tema de unas personas, es el tema de un carisma. Si este existe, habéis de saber que de Dios no se ríe nadie”. Salí de dicha comida con el corazón dolorido: noté en sus rostros un endurecimiento de pedernal. De hecho, pocos días después, me llama uno de ellos y me dice que habían formado un Consejo asesor nacional y que uno de los miembros sería yo pero para ello debía de retirar mi firma del documento de Maranatha y profesar fe estatutaria.

Todo se complicó aún más en el mes de octubre. Yo pasé una temporada lejos de Madrid, pero el teléfono me comunicó que en el retiro de elección de la zona centro habían sido elegidos varios miembros de Maranatha como coordinadores regionales. No los tengo apuntados. Fue como un respiro y nos recorrió el alma una veta de alegría. Sin embargo, la Nacional, excediendo todas sus competencias y prostituyendo lo que siempre habíamos entendido como autoridad entre nosotros, invalidó la elección y nombró por su cuenta otra coordinadora regional. Con lo cual en Madrid se consumó de facto la división. Con dos coordinadoras cada grupo se acogió a la que más le convino.

La salvación gratuita en Cristo Jesús es un tema por lo que se ve de muy difícil digestión. Asombra que ni siquiera en la Renovación, hija del don y bautizada en Espíritu Santo y fuego, se le dé vía libre. No podemos evitar mezclarlo con una serie de soluciones humanas muy personales. La gratuidad es algo que desguaza al ser humano y lo deja en cueros delante de Dios, cosa que el hombre considera impúdica. Es un don, claro que sí, pero no llegamos a él porque lo mezclamos con nuestras soluciones, lo personalizamos, no le dejamos que nos hable en directo. No nos dejamos hacer; siempre pensamos que nuestro pecado tiene recursos y salidas. Sin embargo, lo entendamos o no, Jesucristo tiene derecho a que se anuncie en el mundo entero que nos ha salvado gratuitamente, sin exigir nada a cambio, a no ser escuchar la noticia y agradecerla. Sin la gratuidad es imposible que Dios nos ame.

Ahora bien, aunque seamos salvados gratuitamente de nuestros pecados todos debemos pasar ante el tribunal de Cristo, que nos pedirá cuentas de nuestra responsabilidad ante su gracia gratuita, ya que esto es necesario para que la justicia se cumpla. No es algo incompatible ser salvados gratuitamente y ser responsables de nuestras obras. La vergüenza y humillación del pecado del que eres gratuitamente salvado es el purgatorio. Tu expediente no te condenará porque ha cargado con él Jesucristo pero irá contigo hasta la eternidad y dará inmensa gloria a la benevolencia de Dios, pero a ti te pondrá en tu sitio. Me refiero a los que acogen la gracia de la salvación; la suerte de los otros solo Dios la conoce.

En este seguimiento del anuncio de la gratuidad de Jesucristo hay muchas responsabilidades que depurar. Una comunidad como Maranatha o la Renovación se parece a un organismo vivo que siempre vive en un proceso de limpieza y regeneración de células deterioradas. Este hecho es un signo de salud espiritual. Todos los que se oponen a la gratuidad o desaparecen o se enquistan. No se trata de vencedores o vencidos. Hay algunos que llevarán esta bendición hasta el final; otros han agotado ya la gracia que les correspondía y quedan al margen. No hay nada que juzgar; lo importante es el proceso, que no lo llevamos ninguno de nosotros. Lo que no se puede hacer es pactar en aras de la convivencia o de la unidad como estrategia de un buenismo decadente que mata el profetismo. Este es un peligro serio porque ninguno de nosotros quiere la división y las peleas que a veces son necesarias. Un organismo vivo en ocasiones vomita, aunque a nadie le apetece vomitar. Maranatha es un pueblo profético y su responsabilidad no está en pactar sino en llevar adelante su mensaje profético.

Yo creo que el encargo que tiene Maranatha es el de la predicación de la gratuidad o, con otras palabras, el anuncio de la salvación gratuita en Cristo Jesús. ¿Qué otra cosa de las que se hacen en Maranatha puede ser fermento o algo significativo para la Iglesia? Desde el principio se nos dijo que debemos ser sal y fermento en la Iglesia. ¿Qué otra cosa? ¿La alabanza? Sin la gratuidad en el corazón la alabanza es un griterío insincero. ¿La intercesión o sanación? Sin la gratuidad no serían acciones de Jesucristo sino magia y curanderismo. No somos un pueblo devocional que nos reunimos para salvarnos o buscar nuestra santidad personal; somos un pueblo profético, llamado para llevar adelante un mensaje profético. Lo importante es el mensaje y el proceso, no las personas. Sin embargo, de rebote, la fidelidad a este encargo nos hará santos, aun continuando en pobreza, porque no buscamos nuestra santidad. Por eso ha muerto tanta gente pobre en olor de santidad en Maranatha. Esto solo les sucederá a los que se mantengan ahí. Ningún profeta es profeta si no culmina su anuncio.

En estos últimos tiempos, después de la separación, la gratuidad predicada en Maranatha se concentra sobre todo en la humanidad de Jesucristo. Hemos sido salvados en su cuerpo de carne. Este tema es necesario para que la predicación sea cada vez más profética. *El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía* (Ap 19, 10). En efecto, la gratuidad exige que veamos a Jesús como nuestra sabiduría, justicia y salvación. A Dios no le podemos vivenciar pero a Jesús sí, porque vivió nuestra historia y nosotros nunca

entenderemos nada más allá de nuestra historia. Solo en la fe podemos trascender, pero la fe necesita de lo histórico y real. Lo que no suceda en nuestra historia no nos es vivenciable ni en la fe, pero Jesús hombre sí sucede en nuestra historia.

Por eso cualquiera de nosotros puede decir que el que persevera en él es Jesús, el que sana, ilumina, salva, vive y muere conmigo es Jesús. Mi historia entera le pertenece porque me la ha sanado y puedo entregársela totalmente. La predicación profética acerca a Jesús a nuestra vida y a cada una de sus situaciones. En Jesús Dios nos salva y reconcilia. Maranatha, por la gracia de Dios, está viviendo ahora esta cercanía del hombre Jesús, Salvador y Señor de todo. La alabanza del grupo encauzada y recreada por Jesús nos lleva al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

La asignatura pendiente de Maranatha es hasta ahora el tema de María. Este sencillo detalle prueba que no somos un pueblo devocional; no hemos sido suscitados para crear o actualizar devociones, sino para renovar el kerigma más primitivo en la predicación. Nuestra vuelta es a las fuentes de altura, al origen de lo cristiano, al anuncio o kerigma inicial. Ese anuncio primitivo se refiere a Jesús. A Pablo, por ejemplo, no se le reveló el don de María. Debían de afianzarse antes los misterios de Jesús. Más de cuatrocientos años tardó la Iglesia en aceptar la maternidad divina de María y por lo tanto su culto. Fue en el Concilio de Éfeso (431) cuando, condenado Nestorio por haber humanizado demasiado a Jesús, se definió como doctrina verdadera que el Cristo se componía de dos naturalezas unidas en una sola persona. Con lo cual el hijo humano de María tenía personalidad divina y ella pudo ser llamada Madre de Dios.

Maranatha y con ella la Renovación entera están para renovar los estadios primitivos del kerigma, como le sucedió a Pablo. Ahora bien, después de treinta y siete años en los que el Espíritu nos ha revelado a Jesús, no es de extrañar que sintamos nostalgia de una revelación de María a nivel de don. Es cierto que el kerigma se puede predicar sin María y que por lo tanto su figura no es esencial pero también es cierto que encaja perfectamente en el anuncio de Cristo sin quitarle brillo sino resaltándolo. El kerigma con María cobra maternidad, femineidad, corazón, compasión, misericordia, entrega. Todas estas cosas, que le pertenecen a Jesús, pasadas por María reciben su encanto maternal. El ser humano, en ciertas ocasiones, necesita ser mirado por unos ojos “divinos” como los que el Espíritu Santo le da a María.

Yo mismo predicando duramente el kerigma durante muchos años he necesitado una cercanía vivencial de María que no tenía. Lo oré durante bastante tiempo. Me sentía huérfano en mi interior. Desde hace años un grupo numeroso de gente de Maranatha ve colmado este anhelo yendo a visitar a la Virgen en unas pretendidas apariciones que suceden en un pueblo de Bosnia llamado Medjugorje. Entre unos y otros, aun siendo contrario, me han empujado a mí también y me he ido a Bosnia. Yo no sé si se aparece la Virgen o no; solo sé que recibí una efusión del Espíritu al estilo de la que se recibe en

la Renovación. Nunca pensé que podían darse dos efusiones al mismo nivel porque evidentemente ambas son del Espíritu Santo. En la segunda, sin dejar de ser del Espíritu, se me dio una experiencia fuerte de María.

Con ello me di cuenta que el lugar de María no es devocional sino kerigmático. La Virgen está asociada de una manera especialísima al destino de Jesús. Esto solo se percibe desde el don. Por eso María no viene a moralizar ni a condenar sino a regalarnos la parte femenina de la gratuidad. Esto no es necesario en sí pero lo necesita nuestra psicología. María nos revela en el kerigma la misericordia maternal, la compasión, la ternura. Cuando uno está destrozado por la vida, cuando se ha convertido en una piltrafa, solo una madre, según nuestra psicología, puede llegar a acariciar esos despojos. ¡Qué bella y que maternal es María desde nuestra teología de la gratuidad! Los que van a Medjugorje con teologías del mérito y del esfuerzo hacen de María una aliada de todo perfeccionismo. Nosotros la transformamos en una bellísima Madre de misericordia. Le agradecemos al Señor con toda el alma que nos haya educado en un pueblo de gratuidad y misericordia.

Junio 2010

Chus Villarroel O.P.